

EL ESPIRITU DEL CATEQUISTA DEBE SER, ANTE TODO, UN ESPIRITU BIBLICO

San Juan Bautista de La Salle, al fundar un Instituto dedicado primordialmente a la Catequesis —en el sentido amplio de *educación de la fe* que hoy damos a esta función en la Iglesia—, asignó a sus discípulos un espíritu esencialmente bíblico que él llamó «espíritu de fe». Lo presenta así en el libro de las Reglas y Constituciones:

«El espíritu del Instituto es, en primer lugar, un espíritu de fe... Este espíritu debe animar todas las obras y ser el móvil de toda la conducta... Debe mover a no mirar nada sino con los ojos de la fe, a no hacer nada sino con la mira en Dios, y atribuirlo todo a Dios, penetrándose constantemente de estos sentimientos de Job: "El Señor me lo dio todo, el Señor me lo ha quitado; como agradó al Señor, así se ha hecho", y de otros semejantes, expresados con tanta frecuencia en la Sagrada Escritura y por boca de los antiguos Patriarcas.

»Para adquirir este espíritu y vivir de él: 1.º, los Hermanos de esta Sociedad tendrán profundísimo respeto a la Sagrada Escritura y, para manifestarlo, llevarán siempre consigo el Nuevo Testamento, y no pasarán ningún día sin leer algo en él, por sentimiento de fe, de respeto y veneración a las divinas palabras que contiene, considerándolo como su primera y principal Regla»¹.

¹ *Reglas Comunes y Constituciones de los Hermanos de las Escuelas Cristianas*, edición bilingüe, Casa Generalicia, Roma, 1947, pp. 7 y 9.

En otro lugar² sintetiza el Santo su pensamiento diciendo que «se entiende por espíritu de fe el que se reguia en todo por máximas y sentimientos de fe, sacados principalmente de la Sagrada Escritura». Relaciona taxativamente este espíritu con la función que sus Hermanos están llamados a ejercer en la Iglesia: «Importa sobremanera que los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que tienen por fin de su Instituto educar en el espíritu del cristianismo a los niños encomendados a su solicitud y procurar inculcárselo, estén tan penetrados y tan llenos del espíritu de fe, que consideren los sentimientos y máximas de fe como regla de sus obras y de toda su conducta»³.

Para evidenciar el interés catequístico de este espíritu, se ofrecen variados caminos:

- Señalar la impregnación bíblica en los documentos emanados de los Pastores, responsables directos de la catequesis.
- Destacar esta misma impregnación en los Padres de la Iglesia en los siglos de máximo esplendor de la catequesis.
- Estudiar las crisis del movimiento catequístico a través del espacio o del tiempo en función de su mayor o menor apartamiento de la Sagrada Escritura.
- Mostrar el progreso en la eficiencia de los textos catequísticos a medida que han dado mayor cabida a la Palabra inspirada, etcétera.

En estas líneas he optado por mostrar la importancia catequística del espíritu de fe partiendo de la misma Biblia. Entre la riqueza de temas que para ello ofrecen los Libros Sagrados, escojo tan sólo estas dos ideas:

1.^a *La meditación bíblica como fuente importante de inspiración para el autor sagrado.* Luego de pasar rápidamente sobre algunos textos, nos detendremos algo más sobre los dos primeros capítulos de San Lucas. El cotejo de textos que aduciré tiene una finalidad múltiple: destacar ante los ojos del catequista una faceta importante del modo de la inspiración; orientarle sobre un género literario cuya comprensión ha de serle útil en el empleo de la Biblia

² *Colección de varios tratados* (conforme a la edición francesa de 1711), p. 78. Edit. Bruño, Madrid, 1911.

³ *Ibid.*, pp. 73-74. Este espíritu que San Juan Bautista de La Salle recomienda a los suyos ofrece la misma urgencia para todo catequista; esto se deduce lógicamente de los grandes principios en que el Santo apoya sus afirmaciones. Lo mismo, creo, se colegirá de lo que se expone en estas páginas.

en su catequesis; mostrarle cuánto vivían de la Palabra de Dios los que la escribían y anunciaban.

2.^a Fruto lógico de este primer punto serán algunas consideraciones sobre *el «espíritu de fe» en los grandes personajes bíblicos*; después de una vista sobre el conjunto de las grandes figuras, nos detendremos en la persona de Jesucristo, su modo de utilizar la «Palabra de Dios» y de vivir de ella.

Además de las aplicaciones catequísticas que brotarán sin dificultad de lo que se vaya exponiendo, añadiré *al final unas indicaciones más directamente orientadas a la persona del catequista.*

I.—LA MEDITACION BIBLICA COMO FUENTE IMPORTANTE DE INSPIRACION PARA EL AUTOR SAGRADO

1. OBSERVACIONES A PARTIR DEL LIBRO DEL ECLESIAÍSTICO.

El traductor del libro del Eclesiástico dice en su cuidado prólogo que «su abuelo Jesús, después de haberse dedicado con perseverancia a la lectura de la Ley, los Profetas y los demás libros y haber adquirido gran dominio de los mismos, decidió a su vez escribir algo sobre temas de enseñanza y sabiduría...».

El maravilloso libro del Eclesiástico nace, pues, fruto de la meditación de Jesús ben Sira sobre los libros bíblicos conocidos por él; la Iglesia reconoce al autor el carisma de la inspiración e incluye su obra en el canon bíblico.

Numerosos autores inspirados posteriores a él podrían repetir que ellos a su vez meditaron sobre las palabras de «ben Sira» y se sintieron también llevados a escribir en provecho de sus lectores.

Señalo algún ejemplo de esta dependencia sucesiva, fruto en general tanto más evidente de la familiaridad con la obra primera cuanto más libre es el modo de citar. Compárense algunos pasajes de la epístola de Santiago con otros del Eclesiástico:

Santiago

Eclesiástico

1, 13:

15, 11-12:

«Nadie, si es tentado, diga: «Dios me tienta», porque Dios no puede ser tentado para el mal ni tentar a nadie.»

«No digas: «El Señor me hace pecar», pues no hace lo que aborrece. No digas: «El me ha extraviado», pues no necesita del pecador.»

1. 19:

«Sabedlo, hermanos muy amados: que cada uno sea pronto para escuchar, lento para hablar y lento para la cólera.»

5, 11:

«Sé pronto para escuchar y lento para dar tu respuesta.»

Puede todavía compararse la diatriba contra la lengua en Santiago (3,5-10) con textos parecidos en Eclesiástico (28,13-26).

Muchos otros pasajes de ambos escritos podrían relacionarse; si se intenta descubrir las relaciones de los libros de la Biblia entre sí, se adivina sin dificultad la red inextricable de influencias mutuas, conscientes o inconscientes, en el autor posterior⁴.

2. OBSERVACIONES SOBRE EL TEMA DEL EXODO.

Puede comprobarse lo dicho, por ejemplo, en el libro de la Sabiduría desde el capítulo 10 al fin. Nos encontramos ante un maravilloso comentario-meditación de uno de los temas bíblicos fundamentales: el Exodo. Ya no se trata del relato circunstanciado de los hechos, como en Exodo 4-18, o en Números 9-14, sino de una reflexión teológica, expresada con delicada vibración poética, sobre los mismos hechos:

Exodo

1, 22:

«Mandó, pues, el Faraón a todo el pueblo que fueran arrojados al río cuantos niños les nacieran a los hebreos»...

7, 20:

«Moisés y Aharón hicieron lo que Dios les había mandado. Levantó su vara ante el Faraón y sus cortesanos e hirió las aguas del río. Toda el agua del río quedó convertida en sangre.»

Sabiduría

11, 4-8:

«En su sed te invocaron: una roca escarpada dioles agua, una piedra áspera apaciguó su sed

»Así, lo que sirvió de castigo para sus enemigos, fue para ellos beneficioso en su necesidad.

»Mientras, en castigo de su decreto infanticida, los egipcios quedaban reducidos al manantial inagotable de un río enturbiado con sangre mezclada de barro, diste a los tuyos, contra toda esperanza, aguas abundosas, mostrándoles, por la sed ex-

⁴ Para aprovechar este juego de influencias interesará al catequista utilizar obras del tipo de «La Bible de Jérusalem», Les éditions du Cerf, París, 1956, 22 x 15, que señalen de algún modo las citas. Para el Nuevo Testamento son de interés en este sentido las ediciones críticas bilingües de Merk, Bover, Nestlé, etc.

Estas referencias, además de la iluminación del texto por las luces complementarias de las influencias mutuas, ofrecen interesantes fuentes de preparación para la catequesis.

17, 5-7:

«Toma la vara con que heriste al río y ve, Yo estaré junto a ti, sobre la roca, en el Horeb. Herirás la roca, brotará el agua, y el pueblo podrá beber.»

perimentada cuán doloroso había sido el castigo para sus adversarios.»

Tras algunos capítulos, el autor de la Sabiduría compara los castigos recibidos por los egipcios con los castigos, en apariencia peores, soportados por Israel; quiere mostrar así las predilecciones de Dios para con su pueblo:

«Y con esto mostraste a nuestros enemigos que tú eres el que salva de todo mal: pues a ellos los mataron la voracidad de las langostas y las picaduras de las moscas, sin encontrar remedio para su daño, porque merecían ser por tales medios castigados.

»Pero sobre tus hijos no vencieron los colmillos de venenosas serpientes, porque tu misericordia los socorrió y los sanó.

»Unas mordeduras —¡cuán pronto curadas!— les recordaban así tus oráculos, para que no quedaran excluidos de tus beneficios, por causa de su olvido.

«No hierbas ni remedios los sanaron; tu Palabra, Señor, es la que todo lo sana!» (Sab 16,8-12).

Los episodios del libro del Exodo, además de provocar la reflexión teológica inspirada del autor de la Sabiduría, han influido en otros muchos textos de la Escritura. Véanse, entre otros: Isaías 4,5-6, referencia a la nube misteriosa que acompañaba a los israelitas por el desierto; en 10,26, el profeta evoca las victorias sobre Madián y sobre Egipto; en 12,2, repite las palabras fundamentales del cántico de Moisés luego de atravesado el mar Rojo; en 43, 16-17, describe la victoria alcanzada sobre los egipcios, para vaticinar cuán superado quedará aquello frente a lo que el Señor tiene en vistas realizar...

A veces el conjunto de la Historia de Israel ha provocado parábolas maravillosas en su realismo patético, como en Ezequiel 16, o en los dos primeros capítulos de Oseas.

Otras veces, esta reflexión histórica está en el origen de algunos salmos, como los 78, 105 y 106.

3. OBSERVACIONES SOBRE LUCAS 1 Y 2.

Este vivir de la Escritura manifestado por los escritores sagrados no cesa de progresar con el avance de la Historia de la salva-

ción; en la educación que el Pueblo escogido recibe de su Dios, este vivir de su Palabra parece ser asunto en el que Dios pide y logra incesante progreso. Para mostrar las metas alcanzadas, detendremos algo más nuestra reflexión sobre un tema capital para la catequesis: los capítulos 1 y 2 del Evangelio según San Lucas⁵.

Estos capítulos evidencian el fruto de larga y profunda meditación sobre la infancia del Salvador a través del prisma de los textos escriturísticos antiguos⁶.

El autor francés René Laurentin hace notar las siguientes relaciones:

Influencias de Daniel:

(Dan 10,7 y 12): El ángel Gabriel se aparece al profeta; el temor se apodera de los que le acompañan. El ángel le dice que no tema, que sus palabras han sido oídas (cfr. Lc 1,12-13)⁷.

La aparición tiene lugar en ambos casos a la hora del sacrificio; a ambos se presenta el ángel como enviado de Dios.

Señala aún otras relaciones menos literales, pero no menos interesantes, entre las apariciones del ángel a Daniel y el relato de la Anunciación.

Presenta, por fin, como hipótesis sugestiva, lo siguiente: las setenta semanas de días que van desde que Isabel concibe hasta la presentación del Niño Jesús en el Templo (cuatrocientos noventa días, contando los meses, según la usanza hebrea, de treinta días), pudieran ser una reminiscencia estudiada de las setenta semanas de años de Daniel...⁸.

⁵ Para lo referente a dichos capítulos utilizo, sobre todo, el libro de René LAURENTIN: *Structure et théologie de Luc. I-II*, Editions Gabalda, Paris, 1957. La obra tiene la ventaja de recoger lo esencial publicado hasta entonces sobre el tema; recoge al fin la ficha bibliográfica, con interesantes indicaciones cuando hace al caso, de 500 obras escritas en las principales lenguas cultas sobre dicho tema.

⁶ Sobre los problemas que esta elaboración puede plantear en relación con la historicidad de los datos referidos en el texto inspirado remito al trabajo documentado y equilibrado del célebre escritorista. Mi finalidad es principalmente mostrar, en el sentido del artículo, cuán empapados estaban de la Escritura quienes elaboraron el texto primitivo.

⁷ R. Laurentin presenta el texto griego de los LXX frente al texto griego de Lucas para destacar más las posibles influencias por la coincidencia, a menudo literal, de los textos.

⁸ Ver en las pp. 48 y ss. de la obra citada el texto y las notas correspondientes.

Influencias de Malaquías:

La relación es evidente entre Mal 2-3 y Lc 1,16-17. Cito algunos fragmentos de Malaquías que evocan sin dificultad los correspondientes de Lucas:

«Convertirá a muchos... Caminará ante mí» (2,6)... «Preparara el camino ante mí» (3,1). «He aquí que voy a enviar a Elías» (3,23). «Volverá el corazón de los padres hacia los hijos» (3,24).

... La misma profecía inspira un fragmento del Benedictus (Lc 1,76).

Influencias de Sofonías:

Dedica el autor unas páginas a comparar Lc 1,26-33, con Sof 3,14-17; las palabras: «Alégrate, llena de gracia (objeto del favor de Dios), el Señor contigo... No temas, María... He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo; y le darás por nombre «Yavé Salvador». Reinará...», opina guardan relación estrecha con las de Sofonías: «Alégrate, hija de Jerusalén...; Yahvé es rey de Israel en ti... No temas, Sión, Yahvé tu Dios está en tu seno, valiente Salvador: rey de Israel en ti.»

El texto hebreo de Sofonías, comparado con la reconstrucción del texto hebreo probable en el que se inspiraría Lucas, es mucho más sugestivo que la comparación a través de los textos griegos. Queda todavía destacada la influencia por cotejo con otros textos de saludo de cariz mesiánico: J1 2,21-27 y Zac 9,9-10.

Insiste el P. Laurentin sobre la importancia de la palabra griega de saludo «jaire»; se adhiere a las conclusiones de un estudio del P. Lyonnet sobre el mismo tema: queda evidente que no se trata de la traducción del vulgar saludo hebreo «shalom», sino del anuncio de la alegría mesiánica «rani», como se muestra por cuatro textos de los LXX, tres de ellos citados más arriba (Sofonías, Joel y Zacarías) a los cuales hay que añadir Lam 4,21⁹. Otras muchas re-

⁹ Sorprende algo que ninguno de los autores citados, ni de los demás que se nos alcanzan y que han estudiado el tema de este saludo del ángel a María, haya hecho notar otra reminiscencia importante que podría descubrirse en la segunda palabra del saludo, el famoso «kejaritomene», palabra ampliamente examinada por las exegetas y que solemos traducir por «llena de gracia».

El «kejaritomene» podría ser la traducción literal griega del hebreo «nehama», «llena de gracia», colmada de favores, sentido de «Nohemí», nombre de la suegra de Rut.

miniscencias bíblicas en Lc I-II podrían indicarse siguiendo a R. Laurentin:

Lc 1,35 reminiscencia de Ex 40,35; Lc 1,39-44,56 de 2 Sam 6,

R. Laurentin reconoce que Resch, autor de uno de los primeros estudios críticos sobre Lc. I-II, ve en estos capítulos un relato compuesto sobre el modelo del libro de Rut (obra citada, p. 19, nota 1), pero no parece querer sacar otra conclusión.

Cuando Noemí vuelve a Belén, las mujeres exclaman: «¿Será ésta Noemí?» Ella contesta: «No me llaméis ya Noemí, llamadme más bien «Mará», porque el Señor me colmó de amargura» (según el sentido de la raíz hebrea «mar»: amarga, amargura). En el caso de María el ángel renuncia al principio a llamarla por su nombre (es hipótesis) para atribuirle el hebreo de Noemí con el sentido de felicidad muy de acuerdo con los actuales estudios exegéticos sobre la palabra «jaire». Esta invitación a buscar un sentido profundo en las palabras del mensajero divino se acomoda igualmente bien con el género de los anuncios celestes (caso de Gabriel a Daniel «Atiende y comprende», 9, 23), y explica el que María se preguntase por el sentido de este saludo que le causó sorpresa (Lc. 1, 29).

Expresiones del libro de Rut que reaparecen casi literalmente en textos vecinos al citado de la Anunciación, parece dan más fuerza a esta hipótesis:

<i>Rut</i>	<i>Lucas</i>
1,21: «Colmada partí; el Señor me hace regresar vacía.»	1,52: «A los hambrientos llenó de bienes, a los colmados despidió vacíos.»
2,4: «Yahvé sea con vosotros», dijo Booz a los segadores.	1,28: «El Señor es contigo.»
2,10: «¿Cómo he hallado gracia a tus ojos?», dice Rut a Booz.	1,30: «Has hallado gracia a los ojos de Dios.»
2,14: «Me has tranquilizado, y has ha- blado con bondad a tu sierva cuando no soy yo ni como una de tus siervas.»	1,38: «He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu pala- bra.»

Para completar estas indicaciones sobre Ruth pueden ofrecer material de estudio los trabajos siguientes: R. BLOCH, *Juda engendra Pharaón et Zara, de Thamar*, en *Mélanges Bibliques en l'honneur d'André Robert*, p. 381-389, por la orientación general del artículo y las indicaciones de las dos primeras páginas.

DAVID DAUBE, *The New Testament and Rabbinic Judaism*, University of London, 1952, el capítulo dedicado a «Rut and Boaz».

GINZBERG, *The Legends of the Jews*, vol. VII (Índices), abundante material de citas sobre RUTH.

JOÛON, *Ruth, commentaire philologique et exégétique*, Roma, 1924.

También hallaríamos una aproximación interesante a lo que venimos insinuando en el libro de MAX THURIAN, Hermano de la comunidad de Taizé, *Marie, Mère du Seigneur, figure de l'Eglise*. Edit. «Les Presses de Taizé», 1962, 2.ª edic., p. 29 ss. Traduzco un fragmento: «El paralelismo entre la profecía de Sofonías (3,14) y la anunciación del ángel a María, da al principio perfecto pasivo «llena de gracia» un valor de título:

«Alégrate...»

Hija de Jerusalén!»

«Alégrate,

Llena de gracia!»

María, Hija de Sión, recibe del ángel un como nombre nuevo que caracteriza su vocación y su función.

El texto hebreo, que estaría en la base del relato, contenía muy probablemente una aliteración que el griego ha dado con mucho acierto:

Ranní muchanah o Ranní chaninah

que el texto griego ha traducido, con sonoridades semejantes: *Jaire kejaritomene...* (sigue el estudio del texto).

2-11; Lc 1,42 de Jdt 13, 18-19; Lc 2, 1-14 de Miq 4,7-5,5; Lc 2,35 de Is 8,14.

Señalamos para destacar más todavía esta riqueza de relaciones el interesantísimo estudio de Salvador Muñoz Iglesias: «El evangelio de la infancia en San Lucas»¹⁰.

Estudios semejantes al realizado en torno a los dos primeros capítulos de Lucas podrían repetirse con otros textos de la Escritura. Todo ello confirma lo que se decía más arriba: que los escritores sagrados fueron también lectores asiduos de la Biblia, «hombres de la Palabra de Dios», como parece indicar San Pedro en su primera epístola al presentarnos a los «profetas» como escudriñadores de las Escrituras¹¹, para mirar de descubrir los designios de Dios para el futuro.

Este bucear en la Escritura, que hemos presentado como espíritu característico de los escritores sagrados, nos lleva a hablar de un género literario que no debe desconocer el catequista: el género *midráshico*.

4. EL MIDRASH.

Los exegetas suelen quejarse de la mala reputación que todavía pesa sobre esta palabra, como si el *midrash* pudiera confundirse con cierto procedimiento narrativo-inventivo que falseara la palabra de Dios.

Se trata, en cambio, de un género literario importante, ya plenamente acreditado antes de la venida de Cristo, y del cual el mismo Maestro ha echado mano en su predicación¹².

Resumo a continuación algunas de las ideas sobre el tema propuestas por la eximia biblista Renée Bloch en un interesante artículo suyo¹³.

La palabra hebrea *midrash* viene de *darash*, que significa, en el hebreo postbíblico y sin duda ya en Esd 7,10, explicar, interpretar

¹⁰ *Estudios Bíblicos*, 16 (1957), 329-382. Muestra su autor, con alarde de claridad en la presentación, la pertenencia de ciertas apariciones al mismo género literario: Gén 17-18, anuncio del nacimiento de Isaac; Jue 6, a Gedeón; Jue 13, a los padres de Sansón; Lc 1, a Zacarías y a María. Todas ellas se desarrollan de forma semejante: aparición del ángel, turbación del que recibe la visión, anuncio hecho por el mensajero, objeción del protagonista, confirmación por parte del ángel por medio de un signo.

¹¹ 1 Pe 1, 10-12.

¹² Ver 2.^a parte de este artículo.

¹³ *Ecriture et Tradition dans le Judaïsme (Aperçus sur l'origine du Midrash)*. «Cahiers Sionniens», 8 (1954), 9-34.

la Escritura. *Midrash* aparece por primera vez en Par 13,27. Pero el sentido exacto del término en estos dos pasajes es aún incierto. *Midrash* tiene el sentido general de investigación, con la doble acepción de estudio y de explicación. No se trata, sin embargo, de una explicación literal —que se designa con el término *peshat*—, sino de una exégesis que va más allá del simple sentido literal y mira de penetrar en el espíritu de la Escritura, de escrutar el texto con mayor profundidad y sacar de él explicaciones no siempre obvias.

En un sentido más particular, *midrash* (que hace el plural *midrashim*) se refiere a un escrito que tiene por objeto la interpretación de la Biblia, en general de carácter homilético.

La tradición judía hace remontar a Esdras la colocación del estudio y explicación de la Torah en el centro de la vida de la comunidad religiosa. Esdras, el sacerdote, doctor de las palabras de la Ley del Señor y de sus preceptos respecto a Israel, aplicaba su corazón a escrutar («*lidrosh*») la Ley del Señor, a ponerla en práctica y a enseñar a Israel sus preceptos y prescripciones¹⁴.

En estas líneas se nos muestra a Esdras como la imagen del perfecto catequista. El estudio de su actividad y aun el modo como se desarrolla la solemne reunión de la asamblea descrita en Neh 8,7-8 confirma lo dicho.

El estudio escrupuloso de la Torah, cuyo fin era alcanzar el sentido de cada palabra y penetrar en el espíritu del texto sagrado para captar su significado profundo y su aplicación práctica, iba a recibir el nombre de *midrash* o más exactamente el de *midrash Torah*, que podría traducirse libremente por: el «estudio del sentido de la Torah».

A medida que el *midrash* va tomando importancia en la vida del pueblo, cuantos utilizan la Palabra inspirada no se contentan ya con reproducir los textos repitiendo simplemente el pensamiento allá expresado. La reflexión de los nuevos escritores trabaja sobre los textos utilizados, los desarrolla, los enriquece y «transpone» el primitivo mensaje. Cogido en el engranaje que en la historia del pueblo de Dios hace madurar y progresar la comprensión de la Revelación, parece a menudo, como si los autores más recientes die-ran a los escritos de sus predecesores sentidos distintos del original; utilizan con gran libertad sus fuentes, preocupados por responder a los problemas de su tiempo y no temen dar a los textos antiguos, por acomodación, sentidos nuevos.

¹⁴ Esd 8, 11-10.

Estas reflexiones sobre el midrash no carecen de importancia para la catequesis: no sólo insinúan la conveniencia de considerar cierta tradición catequística por lo menos a partir de Esdras, sino que, además, aclaran el modo de vivir de la Escritura típico en los grandes personajes bíblicos, como veremos a continuación. De ello podrán sacarse aplicaciones interesantes para el catequista.

II.—LA MEDITACION DE LA PALABRA DE DIOS COMO ESPIRITU TIPICO DE LOS GRANDES PERSONAJES BIBLICOS

1. EN GENERAL.

En el libro de la Sabiduría¹⁵ se nos presenta el secreto de la santidad y gloria de los hombres ilustres desde Adán a Moisés: su secreto es la Sabiduría de Dios, que multitud de textos identifican con la dedicación fiel a su Palabra.

El autor de la epístola a los Hebreos¹⁶ vuelve a fundamentar su elogio sobre motivo semejante; pero en este caso precisa que lo que les ha merecido la gloria y la amistad de Dios ha sido su fe.

Terminada la enumeración y el panegírico, nos invita a «fijar los ojos sobre el jefe de nuestra fe, el que la lleva a su perfección, Jesús» (Heb 12,2).

Es lo que vamos a hacer nosotros en las líneas siguientes al resumir en la conducta de Jesús lo que hemos dicho sobre el *midrash*, y hemos tan solo enunciado de los principales personajes bíblicos.

Jesús se presenta a nosotros como el que toma por criterio las palabras de Dios en la Escritura, vive de ellas y dedica su vida a predicarlas. Queda infinitamente por encima de Esdras y Moisés, dignándose, sin embargo, mantenerse en su misma línea.

2. JESÚS, MAESTRO, UTILIZÓ EL MIDRASH¹⁷.

Sorprende en Jesús la soltura con que los textos antiguos pasan a incorporarse a la nueva doctrina. Da la impresión de manejar la Escritura como si fuera su mismo pensamiento actual.

¹⁵ Sab 10-11, 1.

¹⁶ Heb 11.

¹⁷ Importa señalar que guardamos a esta palabra el sentido indicado más arriba, y que la hace término importante, tanto exegética como catequísticamente.

Sería fácil evidenciarlo comparando en doble columna, por una parte, algunos fragmentos de un discurso de Jesús —en Juan, por ejemplo—, y por otra, los textos de probables utilizaciones del A. T. Como muestra, presentaré tan sólo los versículos 13-18 de Juan 3, seguidos de algunos textos del A. T. que los primeros parecen evocar más fácilmente. He aquí el texto de Juan:

«Nadie ha subido al cielo sino el que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo.

»Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así ha de ser levantado el Hijo del hombre, para que cuantos crean en él alcancen por él la vida eterna.

»Pues Dios amó tanto al mundo que ha entregado a su Hijo unigénito para que cuantos creen en él no perezcan, antes alcancen la vida eterna.

»Quien cree en él no es condenado; pero el que no cree ya está condenado porque no ha creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios.»

Multitud de palabras, conceptos y temas del Antiguo Testamento se encierran bajo estas pocas palabras de Jesús. En ellas encontramos evocados:

- temas como el de la Sabiduría escondida en Dios e inaccesible para los hombres: (Job 28,13,23; Bar 3,29; Sab 9,6);
- ya una clara referencia al gesto de Moisés: (Num 21,9);
- o el tema de la venida de Dios que baja para salvar a su pueblo: (Sal 113,5-6; 144,5; Is 4,5; 63,19);
- o el signo colocado por Dios a la faz del mundo y de su Pueblo: (Is 11,10.12).
- Hallamos también, en la línea del juego de palabras insinuado por Jesús, el tema de Dios «exaltado» y el de la montaña encumbrada a la faz de todos y hacia la cual han de afluir las naciones: (Is 2,2.17; 11,1; 12,6; 24,13).
- o el tema del amor de Dios para con el hombre: Sab 11,24; Jer 9,23; Sal 36,7-8; 145,8; Is 49,15; 63,16; 66,13;
- una alusión apenas velada al gesto decisivo de Abraham que se encuentra en el punto de partida de la Antigua Alianza: Gen 22,2.12;
- y las pruebas del amor de Dios o el tema del Servidor diligente: Is 43,4; 53,4.7; 63,3;
- por fin, la voluntad salvífica de Dios: Sab 12,2; Sal 80,8;

Prov 9,35; Is 12,2; 28,16; 35,4; 41,13.17; 42,1; 43,1.11; 54,17; 49,5-6.26; 61,1; 64,3.

He citado, sobre todo, textos de Isaías, pero hubieran podido multiplicarse las citas de otros libros de la Escritura; gracias a ello, pueden descubrirse con cierta aproximación algunas de las grandes líneas teológicas del Antiguo Testamento por las que parece moverse preferentemente el pensamiento de Jesús.

Para la mayoría de sus discursos podría intentarse análisis comparativo semejante al que se acaba de presentar.

En otros casos, las citas son casi textuales y evidentes para el público al que se dirigía; la glosa, el midrash, queda realizado por la situación misma en cuyo contexto las presenta Jesús.

Hay fragmentos más ricos que otros en alusiones bíblicas, como, por ejemplo, Juan 7,37-38:

«El último día de la fiesta, el gran día, Jesús, en pie, exclamó: "Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba; si alguien cree en mí, según la palabra de la Escritura, de su seno manarán ríos de agua viva".»

A los oyentes de Jesús empapados de la Biblia por las lecturas sinagogaes, no les sería difícil evocar algunos de los textos siguientes: Is 44,3; 55,1; 58,11; Ez 47; Zac 13 y 14; Jl 4,18.

Otras veces evoca Jesús temas clásicos de la literatura bíblica: el del buen Pastor, o el de la oposición entre luz y tinieblas; o entre el camino del bien y el del mal o los temas del banquete mesiánico o del juicio de Dios...

Si quisiéramos ahondar algo más en esta utilización de la Escritura por Cristo —lo que podríamos llamar «un espíritu de *midrash*»—, podríamos distinguir las dos formas características del *midrash* que la autora citada más arriba presenta así:

«Desde la época de la aparición de los Escritos apuntan ya dos líneas de pensamiento que se van diferenciando: la meditación sobre la historia, caso del cap. 16 de Ezequiel, que desembocará en el *midrash hagadah*¹⁸, y la meditación sobre la Ley, como el salmo 119, que dará origen más tarde al *midrash halakah*.

»El *midrash halakah* se aplica principalmente a las partes legislativas de la Torah, mira de precisar sus leyes y descubrir sus principios fundamentales, gracias a los cuales podrán sacarse del texto

¹⁸ Cahiers Sionniens, 8 (1954), 27.

nuevas normas para resolver nuevos problemas, y argumentos para justificar ciertas costumbres que han pasado a tradición.

»Frente a él, el *midrash hagadah*, se refiere, sobre todo, a las partes narrativas de la Torah y mira de desentrañar el significado de los relatos y de los hechos históricos»¹⁹.

No haré sino esbozar el modo cómo el Maestro utiliza ambos procedimientos bíblicos.

a) *El midrash hagadah de Jesús.*

Con Jesús, el *mashal*, la parábola, instrumento ideal del midrash hagadah, alcanza su perfección. En sus labios, los conceptos más inesperados toman forma de *mashal*.

Es el método que escoge para presentar:

la siembra del mundo por el «Verbo» de Dios: Mat 13,3-9;

Mc 4,2-20; Lc 8,4-8;

y el amor universal de Dios como en las grandes parábolas de la misericordia: Lc 15;

o las cualidades de la oración: Lc 18,1-14;

la vigilancia: Mt 2,1-3; 21,14-30;

y la labor apostólica: Mt 20,1-16.

Utiliza parábolas como la de la cizaña (Mt 14,24-30) para bosquejar los grandes cuadros de fondo histórico e iluminar el problema angustioso del porqué de los malvados, problema tan crudamente planteado por el Eclesiastés y dejado allí en una penumbra amarga.

No sólo emplea este método para ampliar las perspectivas de Historia de la salvación esbozadas en los libros anteriores, sino también para completar las verdades fundamentales reveladas en el Antiguo Testamento como los atributos de Dios, su misericordia, su justicia...

También para la presentación de verdades más humildes, ofrecidas a veces incidentalmente, gusta Jesús de recurrir al procedimiento eminentemente bíblico del *mashal*:

la simiente con su simbolismo de nueva vida misteriosa:

Mc 4,26-32;

o el siervo atento a la llegada de su dueño: Lc 12,35-48;

el capitán o el constructor que ponderan antes de la empresa las probabilidades de éxito: Lc 14,25-33;

¹⁹ *Ibid.*, p. 16.

el hombre prudente que procura apoyar los fundamentos de su casa sobre roca: Lc 6,47...

En cuanto a la impregnación rigurosamente histórica del *midrash* de Jesús, bastaría pensar en los personajes bíblicos que menciona. Las grandes figuras del Antiguo Testamento son evocadas con naturalidad por el Maestro; la Historia de la salvación aparece en síntesis continua en su pensamiento: Salomón, la reina de Saba, Jonás, los Ninivitas (Lc 11,29-32), Naamán o la viuda de Sarepta (Lc 4,23-27), la gran figura de Elías (Mt 11,14-15; 17,10-13; Mc 8,28; 9,2-13), David (Mc 12,35-37), Moisés y Abrahán (Mc 12,26-27) o Noé (Mt 24,36-41; Lc 17,26-32): todos estos personajes cobran vida en sus discursos como testigos invisibles.

b) *Jesús y el midrash halakah.*

El amor de Jesús por la palabra inspirada no resplandece menos en el modo cómo realiza el *midrash halakah*, el comentario de los textos legales de la Escritura.

Cercado por las discusiones violentas sobre el reposo sabático, el Maestro justifica su modo de proceder por ejemplos inspirados en el sentido común (Lc 6,9-10), o en la vida doméstica (Mt 12,10-12); cita el ejemplo de David para deshacer la acusación contra sus discípulos (Mc 2,23-27); les defiende evocando la costumbre del amigo del esposo, cuando se les acusa de no observar el ayuno (Mt 9,14-17; Mc 2,19-20), etc.

Va más allá y exige el restablecimiento de las leyes esenciales del matrimonio, apoyándose para ello en el sentido primitivo de la Torah (Mt 19,1-12); refuerza con múltiples parábolas la ley fundamental de la caridad (Mt 5,43-48; 18,21-35); puntualiza las relaciones entre caridad y ofrendas rituales (Mt 5,23-26); la parábola del buen samaritano es uno de los más hermosos ejemplos de este *midrash halakah* ocasional (Lc 10,25-37).

Después de todo lo dicho, nos es fácil mirar a Jesús como aquel padre de familias que saca de su tesoro cosas antiguas y cosas nuevas²⁰. Jesús es por excelencia el doctor de la Escritura, el catequista de espíritu bíblico, cuya enseñanza está impregnada esencialmente de la Ley y los profetas...

²⁰ Mat 13,51.

3. LAS OBRAS DE JESÚS.

Para ponderar más a fondo cuán profundamente «bíblico» es el espíritu de Jesús, podríamos acercarnos a sus obras y ver el apoyo de su conducta en las palabras de la Ley. Las manifestaciones de su amor al Padre pasaron desde su infancia por las líneas que traza la Escritura al fiel israelita: la oración familiar y sinagoga, las celebraciones culturales en el Templo, todo ello empapado de oración bíblica, no tuvieron mejor participante. Quiso, además, que la Nueva Alianza entroncara con la pascua antigua y, en su última celebración pascual, instituyó la maravilla centro de la vida y del culto cristianos.

Se nos presenta rechazando al tentador, apoyado exclusivamente en las palabras de la Escritura (Mt 4,1-11); quiso que toda su vida transcurriera sobre lo que estaba escrito de El (Lc 18,31-33); en esto vio la voluntad de su Padre, de la cual hizo su alimento (Jn 4,34), y a la que sacrificó su vida (Mc 14,35-36). Su última palabra fue para decir que todo se había cumplido tal como había sido predicho (Jn 19,30) y su primera catequesis a los suyos, recién resucitado, fue para mostrarles que todo lo escrito sobre él se había cumplido (Lc 24,25-27).

Desde entonces, el fundamento de la catequesis de los suyos será mostrar, a partir de las Escrituras, cómo Cristo es el Mesías anunciado por los profetas, como vemos en los primeros discursos referidos en los Hechos de los Apóstoles ²¹.

4. LOS DEMÁS PERSONAJES BÍBLICOS.

Podríamos completar el cuadro de los grandes personajes bíblicos, que se santificaron con la palabra de Dios —tal como nos los presentan la Sabiduría y la epístola de los Hebreos—, con los que siguieron a aquéllos hasta concluir el tiempo de la Revelación, centrándolos todos alrededor de Cristo, el «testigo fiel» ²².

En el primer lugar después de Cristo colocaríamos a María, cuya vida se nos sintetiza en un guardar este Nuevo Testamento que se iba formando entre sus manos y ante sus ojos, «meditándolo en su corazón» ²³. Su Hijo quiere recibir de ella el culto por la

²¹ Act 1,14-36; 3,12-26; 4,9-12.

²² Ap 1,5.

²³ Lc 2,19-51.

Escritura, cuyo pasmoso dominio demostró en el Templo a los doce años ²⁴.

Vendrían luego los Apóstoles y Evangelistas; la mejor muestra de su vivir de la Palabra de Dios la hallamos en sus escritos. La relativa falta de palabras de Jesús en las epístolas no contradice esta afirmación: el examen algo detenido de los textos deja traslucir con facilidad el espíritu de Jesús por entre todas las líneas. Como se indicaba para los autores inspirados del Antiguo Testamento, los Apóstoles y Evangelistas conjugan la fidelidad perfecta al espíritu de la letra con una sorprendente libertad en el uso de las fuentes, prueba de asimilación perfecta por su parte.

5. EL MAGISTERIO.

Pero podríamos también desbordar el período de la Revelación y prolongar nuestro examen a través de los escritos capitales del Magisterio. Se subrayaría cómo, por estos documentos —base y guía de toda labor catequística—, corre, explícita o latente, la Palabra de Dios; aparecería un como *midrash eclesiástico* alentado por el Espíritu del Señor, que evocaría sugestivamente aquella Tradición en la que nació, creció y se propagó la Escritura; este nuevo *midrash* hace llegar la Palabra de Dios, llena de vida y actualidad, hasta las manos del catequista para que éste siembre y cultive en el nombre del Señor.

Para ayudar a los catequistas a comprender mejor, si cabe, las exigencias de su contacto indispensable con la Palabra de Dios por el espíritu de fe, añado las reflexiones que siguen.

III.—EL CATEQUISTA, HOMBRE DE LA BIBLIA

1. ESPÍRITU BÍBLICO AL NIVEL DE LOS CRITERIOS MÁS PROFUNDOS.

Los fariseos abusaron, sin duda, del uso de los *tefillim* ²⁵, las tiras escritas con fragmentos bíblicos que ostentaban en frente o brazos... La práctica no debe ser condenada en sí; no hay duda de que muchísimos judíos piadosos de la época de Jesús, y posiblemente el mismo Jesús, por lo menos en su mocedad, las llevaron.

El uso, en progreso en nuestros días, de llevar sobre sí el libro

²⁴ Lc 2,41-50.

²⁵ Ver en cualquier diccionario bíblico la voz «filacterias».

de los Evangelios, se coloca en la misma línea de amor a la Palabra de Dios.

El signo, es verdad, debe llenarse de contenido: simboliza y recuerda la aceptación por parte del hombre de la Palabra de Dios, el encarnarla en la propia vida por la obediencia bíblica y lograr que todas las acciones vengan apoyadas en alguna palabra de la Escritura.

Este ejercicio, que a primera vista puede parecer fastidioso, alumbrá poco a poco en nosotros un criterio auténticamente cristiano, criterio fruto de innumerables juicios asimilados a lo largo de la vida y que el catequista ha intentado beber incesantemente en la Biblia: se trata de bañar en ella para que se produzca esta impregnación ideológica de donde nacerá lo que llamamos «criterio bíblico».

Una formación bíblica puede adquirirse en breves cursos que se desarrollen en ciclos bien estudiados; ciertos métodos catequísticos se aprenden con pocos años o meses de práctica... Pero el espíritu bíblico, el espíritu de fe hecho vida con naturalidad, que es el auténtico espíritu cristiano, es fruto muy largo de sazonar.

Este espíritu da una visión totalmente cristiana del mundo. Una vez logrado esto, y sólo entonces, el catequista se vuelve luz que alumbrá a los suyos; por él han de alcanzar los catequizandos el mirar todas las realidades terrenas con ojos cristianos: ven lo mismo que los demás, pero lo ven de otro modo..., como el cronista de los libros de Samuel o del de los Reyes veían los mismos acontecimientos que sus contemporáneos, pero captaban en ellos un mensaje muy distinto.

Gracias a esta visión de fe, la Escritura se abre, y el mundo mismo se vuelve Escritura de Dios que sigue hablando a los hombres ²⁶.

2. ESPÍRITU BÍBLICO EN LA RAÍZ DE LAS ACCIONES.

El psicoanálisis muestra el largo camino por el que el individuo accede a unificar sus motivaciones y logra con ello cierta paz interior. Un ejemplo típico y complejo nos lo ofrece la maduración de la conciencia moral: los padres y maestros se presentan como la encarnación de la ley... Viene un proceso de interiorización de estos «censores», y el individuo se encuentra viviendo en un mundo

²⁶ Sal 19,2 ss.

de prohibiciones más o menos aceptadas, que son como molestas presencias ajenas dentro de sí mismo.

La superación de dichos estadios primitivos puede esperarse tan sólo de la toma de conciencia de estas pulsiones, temores y rutinas; el individuo razona entonces sus motivaciones y liquida, en cuanto puede, las etapas irracionales en que su vida se halla disgregada.

Si en vez de realizar esta liberación-unificación apoyados en criterios humanos de orden natural, lo hacemos apoyados en criterios «de fe», accedemos a la vida cristiana auténtica, en la que las ilusiones, los temores, los deseos, las decisiones, etc., cobran sentido y equilibrio cristianos.

Una vez logrados estos criterios sobrenaturales en la raíz de las acciones, podríamos hallarnos ante una vida, santa quizá, pero torturada, no pudiendo esto presentarse como meta: el ideal es que esta vivencia de fe pase a virtud-espíritu, de tal modo que se haya convertido lo sobrenatural en una como segunda naturaleza, el «Cristo vive en mí»²⁷.

Pero, antes de alcanzar esto, se necesitará largo trabajo ascético para ir suprimiendo las distancias entre los «principios» y las «vivencias». Una vez logrado el acuerdo entre «teoría y práctica» cristianas, espíritu y vida, se traducirá en paz, tal como la da Cristo: el logro de esta paz es uno de los grandes signos de la edad adulta cristiana, meta lógica del apóstol-catequista²⁸.

3. ALGUNAS APLICACIONES DE ESTA DOCTRINA A LO CATEQUÍSTICO.

a) *Defensa de la vida interior del catequista.*

El día en que el catequista deja de vivir a fondo su vida interior, su palabra pierde fuerza: la llama se apaga, el interés por el estudio del Mensaje desaparece, y todo lo aprendido se vuelve insípido... En lugar de la luz anterior, brota tristemente el apartamiento del corazón y, quizá, la pérdida de la fe.

El espíritu de fe ha de ser lógicamente la mejor salvaguardia de la contemplación frente a la disgregación por la acción absorbente, peligro común en la labor catequística. La acción no agosta si está sostenida por esta iluminación continua de fe.

Toda la vida cristiana apunta al gozo de la visión beatífica,

²⁷ Gal 2,20.

²⁸ Cfr. SINITE 4 (1963), p. 204.

preparada desde aquí por esta síntesis cada vez más dilatada del único Misterio cuya luz nos llena de regocijo como a San Pablo.

b) *Crecimiento en la Palabra.*

Este espíritu de fe se nos muestra no sólo como la salvaguardia de la fortaleza interior del catequista, sino, además, como el mejor medio de enriquecimiento continuo en la captación profunda del Mensaje que debe transmitir; le obliga, por su misma esencia, a inclinarse sin cesar sobre la Palabra para estudiarla y escudriñarla; por esto podría llamarse al espíritu de fe: «plasmador de catequistas». Por su vivencia se llega a la perfecta maduración cristiana, exigencia que debería preceder siempre al ejercicio de la misión catequística: hay una ineptitud intelectual que impide el ejercicio del magisterio; podría hablarse de una ineptitud catequística, que sería la carencia de espíritu de fe, que hasta puede llegar a convertir la catequesis en anti-catequesis, por actuar entonces el catequista como anti-signo: numerosas crisis catequísticas, individuales o colectivas, toman aquí su origen.

Por el contrario, el espíritu de fe en una vida, si no hace al catequista «acabado», sí le pone en condiciones óptimas para alcanzar esta meta.

c) *Hacia la plena fecundidad de la Palabra de Dios.*

El catequista tiene sed, como Cristo, de que se cumpla cuanto ha sido escrito, de que la Palabra no vuelva a Dios, de donde salió, sin haber producido la plenitud de fruto a que Dios la destinaba. El catequista ha sido llamado por la jerarquía del Cuerpo místico para contribuir a este éxito pleno de la acción del Verbo de Dios.

Hoy se estudia con máximo detenimiento lo que llamamos sentido «plenior» de la Biblia.

Podríamos hablar de otra intención más amplia todavía, menos científicamente establecida, pero digna de toda atención, y que consistiría en todos los frutos de santidad que la lectura, meditación y contemplación de la Palabra inspirada habrían de producir en el mundo²⁹: el espíritu humano es incapaz de abarcarlo, pero nada

²⁹ En este sentido es de interés el libro de Otto KARRER, *Die Worte Jesu*, Edt. Ars Sacra, Munich, 1963.

de ello se escapó al Espíritu de Jesús al inspirar al autor sagrado.

En este maravilloso florecer y fructificar de la Palabra, el Maestro ha reservado para el catequista lugar privilegiado: le ha confiado parte decisiva de la Economía del Misterio: en sus manos está la semilla, y en su libertad y fidelidad, el esparcirla.

Idea ésta suficiente para que todo cristiano se decida a vivir en espíritu de fe y a propagar esta vida.

CONCLUSION

El núcleo y la garantía del actual movimiento catequístico radica, ante todo, en la adecuada preparación de los catequistas. Hace trescientos años, los hombres que Dios suscitó para hacer realidad en importantes sectores de la Iglesia las orientaciones catequísticas del concilio de Trento, colocaron también en el primer plano de sus preocupaciones la formación de los catequistas. De entre ellos he destacado al principio de estas líneas a San Juan Bautista de La Salle: sus criterios a este respecto son perfectamente válidos para el catequista de hoy.

El espíritu predominantemente científico de nuestro siglo nos expone a colocar en el primer plano de nuestras exigencias para el futuro catequista la preparación teológica, pedagógica o práctica. En cambio, el consejo de los Santos y el ejemplo de los que primero han hecho resonar la Palabra de Dios nos muestra como exigencia primordial la vivencia del espíritu que ha de animar todas las formas de preparación y de realización catequísticas; esto no es disminuir la importancia de la capacitación teológica, pedagógica o técnica, sino ofrecerles estímulo y garantía.

Para ser más completo, hubiera debido esbozar por lo menos la segunda faceta del espíritu que San Juan Bautista de La Salle señala para el catequista, el *espíritu de celo*. La lógica cristiana que hace derivar el celo de la fe queda claramente subrayada por Pío XII al comienzo de su Encíclica «Fidei donum»: «La fe es, por excelencia, el don que pone en nuestros labios el himno del reconocimiento: "Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?" ¿Qué ofreceremos al Señor a cambio de este don divino, aparte del

homenaje de la mente, si no es nuestro celo en difundir entre los hombres el esplendor de la verdad divina?»³⁰.

Sin embargo, he creído suficiente, de momento, mostrar el aspecto predominantemente bíblico del espíritu de fe; con ello se destacan las riquezas de espiritualidad y formación que ofrece al catequista: las repercusiones de esta vivencia de fe sobre la acción apostólica del catequista suelen manifestarse casi como una necesidad, fenómeno espiritual que evoca las palabras de Jeremías: «Me decía a mí mismo: "No pensaré más en él, no hablaré más en su Nombre"; entonces se convertía dentro de mí en un fuego devorador, encerrado en mis huesos. Me agotaba por encerrarlo, no lo podía aguantar»³¹.

Carlos Godoy, F.S.C.

³⁰ A. A. S. vol. 49, p. 225,

³¹ Jr 20,9.